

MATILDA

Seudónimo: Zapardiel

La puerta de cristales no se abría, no había maneras de que se abriera, ni siquiera se movían las hojas cerradas a cal y canto y cada vez se ponía más nervioso sin dejar de mirar el reloj. Con fuerza, dejó sobre ella dos empujones con el hombro, la golpeó una docena de veces con las palmas de las manos, la pateó otras tres o cuatro con sus botas de lona, incluso la escupió enrabiado e impotente. Nada. ¿Y ahora, qué hacía? Su vecinita María le esperaba en casa con la ilusión de celebrar el cumpleaños. A él y a la muñeca de trapo con ojos de alfileres que le había prometido y a la que pondrían el nombre de Matilda, nombre que tanto le gustaba a su hija que, un año atrás, cuando salía de comprar el pan con su madre, un motorista ebrio se las llevó por delante. Desconsolado se preguntaba el por qué la maldita tienda había cerrado tan temprano si apenas eran las dos de la tarde de aquel sábado de primavera. Un sábado, que con permiso del encargado, había salido un poco antes de la empresa para comprar el regalo de cumpleaños a su vecina, celebrarlo y gozar con ella de tan especiales momentos, y ahora para nada. Miró a su alrededor rabioso y angustiado ante la impotencia de la puerta cerrada buscando alguna idea para no derrumbarse más. A su alrededor miró desesperado la hora que caminaba imparable, la calle vacía de coches por lo que ni un taxi que pudiera llevarlo hasta la tienda más cercana se dejaba ver. Tienda que está a dos manzanas a la derecha de la avenida y se llama La Monegasca y fabrica unas muñecas maravillosas, pero dada la hora que es, quizá también esté cerrada. De sobra sabía que estaba cerrada, pero necesitaba que estuviera abierta. Lo necesitaba por su vecinita María, la conciencia del privilegio que conlleva presentarse antes sus ojillos azules de mirada serena y sus brazos abiertos con la muñeca de piernillas, el regalo de cumpleaños prometido. Él, que ha sido herido por la muerte de la esposa y su única hija, se romperá las manos y el corazón por no defraudar a su vecina que también es huérfana de padre y la madre en silla de ruedas. María, que debe su ocio completo y su inmensa fortuna de ser niña a un personaje infantil inventado en un dibujo que él hizo una tarde, una muñeca de trapo con ojos de alfileres, cejas, pelo y coletas de hilos de lana a la que pusieron entre carcajadas Matilda, y que ahora quiere hacer realidad regalándole una de verdad el día de su noveno cumpleaños.

En un gesto de coraje echó a correr avenida abajo hacia La Monegasca por si por un casual estuviera abierta. Tenía que estar abierta, la niña le estaba esperando desde hacía

más de una hora, sin comer y con la ilusión de abrazar a su Matilda, apagar las nueve velas de la tarta que dejaron hecha por la noche y reír a mandíbula batiente al menos por unos minutos: “Tenemos que celebrarlo, José, porque todos los días no se cumplen nueve años”, le había dicho por la noche. Y, aunque un proyecto de lágrima en uno de los ojos estuvo a punto de derrumbarlo, se repuso y continuó la carrera, porque él sabe lo que la piernillas significa para su vecina. Corría y corría como un loco, porque ahora tenía en los pies la edad de los domingos en invierno, buscando una tienda abierta, apretando los dientes, sin importarle que las botas comenzaran a rozarle en los tobillos. Si había que celebrarlo, se celebraba, costara lo que costase.

De los trigos cercanos llegaban vaharadas de olores a amapolas y norias sorprendidas, porque no había lugar a entretenerse, sino con la sonrisa de otra aurora, para volver despacio llagados al amor y para siempre, con Dios en los mil ojos de la tarde, cuando cayó rendido ante la puerta de La Monegasca, una hermosa tienda de juguetes orientada al sur de una placita con fuente, acacias y trinos en las sombras que también estaba cerrada a cal y canto, aunque en el viejo cartel que colgaba detrás de la cristalera rezaba:

Abrimos cuando venimos,
cerramos cuando nos vamos;
si vienes y no estamos,
será que no coincidimos.

Cansado como estaba no tuvo fuerzas ni para golpear con los nudillos en la cristalera; se limitó a observar a través del escaparate los estantes llenos de juguetes, uno de los cuales, el tercero por la derecha estaba repleto de muñecas de todos los tamaños y colores, hasta había dos con cara de porcelana y ojos negros como la noche, y una más pequeña de trapo con ojos de alfileres que no supo por qué pero lo miraba como si entendiera su pequeño gran problema.

Volvió a mirar el reloj en un gesto de impotencia mientras recordaba el escaparate de una pequeña y oscura tienda del barrio húmedo y, en un intento de recuperar el tiempo y el resuello corría como si le hubieran puesto alas en los pies, como si las rozaduras en los tobillos no fueran con él. Torció a la derecha hasta darse de bruces con una callejuela estrecha de olores a lavanda y azafrán. Sin orientación certera fue buscando la pequeña tienda de aquellos recuerdos infantiles en un intento vano porque estuviera abierta. Pero nada se acomodaba a su modo y manera. Solamente las puertas de los ojos se quedaron abiertas al ver nieve de polvo sobre aquellas ventanas que antaño fueran

vivas y ahora eran sacrificio de una tienda vacía, quitando la razón a un paisaje de olvido, abriéndose de brazos a un hombre hecho otra vez niño con pantalones cortos y bufanda buscando una ilusión o un poco de consuelo, o un viejo tirachinas para romperlo todo.

De la punzada en el pecho, agridulce y burlesca, quedó como un héroe troncado en tierra extraña sin saber qué hacer ni adónde ir, desplegando en derredor una mirada que abarcaba más que ella misma, que cogía otras cosas, que iba más allá de él, de un modo en el que nunca ocurrirán de nuevo.

Cielos arriba en un lindo arco iris se sorprendió llorando, porque el tiempo escapaba por entre los tejados de las tres de la tarde y todo era un desierto de vanas esperanzas y los labios de un beso de María esperando una muñeca de trapo con ojos de alfileres que él no encontraba nunca. Por eso baja la mirada un tanto triste, porque tiene muchas cosas que hacer y están demasiado volcadas en lo que resta del día. Por eso se rebela contra todo y se deshace en hipos de impotencia y va buscando el sueño que envuelve la nostalgia de una niña esperando con los ojos abiertos como platos su Matilda del alma. Y va pensando sobre los escalones de la puerta de casa, la manera más fácil de hacer esa muñeca entre los dos, a un tiempo, mientras la tarde juega al escondite con sus risas de siempre y el auténtico valor de un cumpleaños se enreda en ese espacio que ambos ocuparán en hacer realidad el regalo y el sueño prometidos. Buscará en el desván un poco de serrín y, entre los cajones de la cómoda los retales que su esposa guardaba por si hacían falta Y así, este obrero denostado por la vida será el catalizador de los acontecimientos de esta familia de dos más uno, en este día feliz de cumpleaños.

Entre los mohínos y el hipo de la niña al verle llegar sin la muñeca, hace de tripas corazón y pone sobre la mesa de la cocina dos puñados de serrín, dos trozos de tela rayada que corta con la tijera dándole las formas del pecho, la espalda, los brazos y las piernas, dos alfileres negros para los ojos, dos trozos de lana para las cejas, dos medias madejas para las trenzas y el pelo, dos trozos de cartón rojo para los zapatos y otros dos de tela del mismo color para los labios; dos de todo, que pronunciaron a la vez la María y él, mientras le va proponiendo a la niña, que entre los dos van a fabricar la muñeca con sus propias manos, le comenta despacio, que, en realidad, le hubiera gustado regalarle una con adornos de pasamanería, encajes, redecillas y piedras negras, tal vez con un poco de terciopelo en el vestido, o con guipur de flecos y azabache, forro de satén y bordados por encima de las puntillas de las enaguas, pero ésta que ellos inventarán, en nada tendrá que envidiar a la de las tiendas.

Y como el rigor creativo de una imaginación exuberante, le excede, pone manos a la obra y, entre las carcajadas de María, que ve cómo a su vecino el serrín se le va entre los dedos al intentar meterlo en uno de los brazos de la muñeca, calza poco a poco los zapatos de cartón rojo con la certeza de un artesano. Y entre la bondad tamizada de un peculiar sentido del humor, en un tris van conformando el original de la muñeca de trapo con ojos de alfileres. Alfileres que clava ella con fuerza justo encima de los dos redondeles dibujados a lápiz debajo de las cejas de lana azul que su madre, en un esfuerzo titánico, ha pegado hace unos minutos. La muñeca de trapo más hermosa del mundo, su Matilda soñada, hecha con una fe en el oficio que quizá pase por la ingenuidad o la sorpresa de los tres que son uno.

Se abrazan entre aplausos porque la muñeca Matilda, la piernillas tan deseada, está sobre la mesa como cobrando vida. Y lo momentáneo hace que brote una increíble energía. Ahora somos nosotros cuatro, se dicen entre sudor y risas, en ese algo que a la vez iba más allá de ellos y los dejaba ser así, sintiéndose dignificados por aquello de lo que eran dueños. Y, cuando María, en el séptimo cielo de la alegría, soplabla con todas sus fuerzas las nueve velas de la tarta de frambuesa que los dos prepararon la noche anterior, los ojos de alfileres de la muñeca más hermosa del mundo que ella abrazaba contra su pecho, ofrecían un compendio lírico de fantasías e instantáneas que se enhebraban con aparente descuido y se grababan en la memoria de aquella niña de nueve años con síndrome de Down...
